

Nuevas metodologías para la distribución espacial de las estelas del Oeste peninsular ¹

Sebastián Celestino Pérez², José Ángel Salgado Carmona³

Resumen

La aparición de un número significativo de estelas en la última década, algunas de gran valor simbólico, así como el avance en las nuevas metodologías arqueológicas, ha permitido esbozar nuevas hipótesis sobre su origen, significado y cronología. También ha aumentado el área de dispersión de las estelas, configurándose zonas más amplias y menos aisladas de lo que hasta ahora creíamos. Por todo ello, se propone una nueva tipología de las estelas atendiendo a estas nuevas características, donde los principales elementos representados cobran un especial protagonismo a la hora de su clasificación.

Palabras Clave: Península Ibérica, estelas, Bronce Final, I Edad del Hierro, tipología, catálogo, simbología, estudio territorial.

Abstract

The appearance of a significant number of stelae in the last decade, some of them with a great symbolic value, as well as the progress on new archaeological methodologies, has allowed to propose new hypotheses about its origin, meaning and chronology. It has also increased the dispersal area of the stelae, configuring larger, and less isolated, areas than we used to think. Therefore, we propose a new typology of stelae in response to these new findings, where the main elements engraved have a special role in their own classification.

Key Words: Iberian peninsula, steale, Late Bronze Age, Iron Age, typology, catalogue, symbolism, territorial study.

1 El trabajo se enmarca en el Proyecto de Investigación "Entre el Atlántico y el Mediterráneo: contraste de dinámicas en la evolución histórica del paisaje en el occidente peninsular a través de la Arqueología" del VI Plan Nacional I+D+I 2008-2011 del Ministerio de Ciencia e Innovación. HAR2009-10666

2 Instituto de Arqueología – Mérida, Plaza de España, nº 15, C.P. 06800 Mérida (Badajoz), Espanha. scelestino@iam.csic.es

3 Instituto de Arqueología – Mérida, Plaza de España, nº 15, C.P. 06800 Mérida (Badajoz), Espanha. jangalsalgado@gmail.com.

Introducción

Las denominadas estelas del suroeste han sido halladas fuera de un contexto arqueológico claro, lo que ha propiciado el análisis exhaustivo de estos monumentos a través de la rica representación decorativa que exhiben, lo que a la vez ha servido para paliar, aunque siempre en parte, esa falta de información arqueológica. Por ello, los estudios tipológicos se han convertido, prácticamente desde que aparecieron los primeros ejemplares (Roso de Luna, 1898), en la mejor herramienta para encuadrar cronológicamente estas estelas, así como para interpretar su hipotético significado. Como es lógico, esa falta de contexto permite la elaboración y defensa de hipótesis de lo más variopintas, difíciles tanto de demostrar como de rebatir, lo que ha propiciado una extensa bibliografía en la que se esgrimen las ideas más dispares, aunque también es verdad que existe un cierto consenso en algunos aspectos básicos que está permitiendo un importante avance en su estudio. Por último, subrayar en este aspecto que algunos investigadores consideran que las estelas no aparecen exactamente fuera de su contexto arqueológico, sino que los hallazgos están, en la mayor parte de los casos, directamente relacionados con el lugar donde fueron hallados (Galán, 1993); es decir, que no tiene por qué existir ningún resto arqueológico asociado a las estelas, por lo que se trataría de monumentos aislados desvinculados de cualquier otra manifestación material. Así, el verdadero significado de las estelas habría que buscarlo con relación a su ubicación en el paisaje. Sin embargo, algunos hallazgos antiguos y, más recientemente, los realizados en la provincia de Córdoba, ponen en duda esta premisa (Murillo, Morena y Ruíz, 2005), lo que no invalida la evidente importancia que debió ejercer el paisaje en la ubicación de estos monumentos.

A la ausencia o desconocimiento de un contexto arqueológico debemos añadir la dificultad que encontramos en la mayor parte de las estelas a la hora de identificar los tipos concretos de los diferentes elementos que exhiben, de ahí que algunas tipologías carezcan de valor por cuanto parten de premisas erróneas o deductivas, con escasa base analítica. Las estelas presentan tamaños medios relativamente pequeños salvo contadas ocasiones, lo que se traduce en pequeños espacios reservados para desplegar los objetos que se quieren grabar. También debemos tener muy en cuenta la calidad de los soportes utilizados que, por ejemplo, en el caso de los graníticos dificulta seriamente el detalle del dibujo, además de estar más expuestos a la erosión. Como es lógico, debemos tener también presente la propia pericia de los grabadores que, en numerosas ocasiones, muestran una limitada destreza artística, cuando no hay rectificaciones o añadidos que aprovechan objetos ya grabados, lo que dificulta aún más la identificación tipológica del objeto estudiado.

La importancia que se ha dado a los estudios tipológicos de los objetos representados en las estelas, ha impedido analizar con la profundidad que se debería otros métodos que cada día se demuestran capaces de desentrañar algunas de las incógnitas que antes se mencionaban. Es sabido que en los años 90 del pasado siglo hubo un punto de inflexión en este sentido, incorporando a los estudios tipológicos tradicionales un análisis del territorio donde fueron halladas las estelas (Celestino, 1990; Galán, 1993), lo que sin duda enriqueció

el discurso, además de suponer un importante avance en la investigación. En los últimos años ha surgido un nuevo impulso para profundizar en el estudio de las estelas del Suroeste gracias a nuevos hallazgos documentados, tanto en las áreas tradicionales, como en otras áreas que hasta la fecha estaban apartadas de los focos principales. Sin embargo, y a la luz de los trabajos que se han venido realizando hasta momento sobre las estelas, parecía obligado profundizar sobre algunos métodos de trabajo sólo desarrollados de forma incipiente en los últimos años, así como intentar ensayar nuevas metodologías que nos permitieran conocer mejor el porqué de su dispersión geográfica (García Sanjuán *et al.*, 2006; Celestino *et al.*, e.p.). En este sentido, las prospecciones intensivas en los entornos inmediatos de los hallazgos, pueden depararnos algunas claves sobre la funcionalidad de estos monumentos, si bien parece un trabajo que necesitará un largo recorrido hasta que pueda dar sus primeros frutos.

Por último, y también gracias a los hallazgos realizados en la última década – una de las más fructíferas en cuanto al número de ejemplares descubiertos – hemos podido avanzar considerablemente en el estudio compositivo de las estelas, debido en gran medida a la aparición en algunos monumentos de objetos, hasta ese momento inéditos, que han servido para reinterpretar otros anteriormente estudiados. Quizá por su importancia debemos destacar especialmente la aparición de la figura diademada junto al guerrero, algo que ya se venía reivindicando en trabajos anteriores, pero que se ha confirmado en dos de los ejemplares recientemente hallados, uno en Almadén de la Plata (García Sanjuán *et al.*, 2006), al norte de la provincia de Sevilla, y otro, aún inédito, hallado en el entorno de Almadén (Blanco y García Bueno, e.p.), en la provincia de Ciudad Real. Estos ejemplares pueden unirse al procedente de El Viso III, pero además otorgan un mayor significado a las decenas de estelas que presentan una representación diademada en exclusiva y siempre en la zona donde se produce la mayor dispersión de estelas de guerrero, lo que demuestra la estrecha relación que debió existir entre ambas expresiones sociales plasmadas en las estelas.

Las tipologías tradicionales

Como es lógico, no pretendemos en estas páginas hacer un análisis exhaustivo de todas las tipologías que se han ido elaborando en el último siglo sobre las estelas y los elementos que las decoran. Resaltaremos sin embargo las más importantes, las que han servido para establecer una base sobre la que se han ido haciendo variaciones a tenor de los nuevos hallazgos que se iban produciendo.

La primera monografía sobre las estelas decoradas del suroeste es la que elaboró, bajo este mismo título, Almagro Basch en 1966, quien estableció dos grandes grupos, inspirándose en un trabajo anterior de Fernández Oxea (1955), que posteriormente pocos prehistoriadores han mantenido: las de Tipo I, también denominadas estelas alentejanas por la exclusiva dispersión de los hallazgos, en realidad losas decoradas con una panoplia de guerrero realizada en altorrelieve; y las de Tipo II, las estelas de guerrero y diademadas del suroeste peninsular, a las que hay que añadir un ejemplar en el noreste – la estela de Luna en la provincia de Zaragoza – y otros tres ejemplares en el sureste francés, en el entorno de

Montpellier. Pero las denominadas “losas alentejanas” se alejan bastante tanto del ámbito geográfico, cronológico e incluso técnico de las estelas de guerrero, por lo que en ningún caso deben considerarse como el antecedente del fenómeno de las estelas. No obstante, la existencia de estas losas de la zona del Alentejo, sirven para confirmar el arraigo de una tradición de origen genuinamente atlántico en la zona, donde desde los inicios de Edad del Bronce las diferentes manifestaciones culturales se expresaban mediante grandes soportes pétreos, normalmente realizados en el granito dominante en estas áreas geográficas. Pero las estelas de guerrero y diademadas, aún amparándose en esa tradición de representar sus expresiones culturales más destacadas en soportes pétreos, nada tienen que ver con las losas alentejanas, existiendo incluso un claro hiato cronológico entre ambas manifestaciones⁴.

Dentro de ese tipo II, Almagro Basch distingue dos grupos; el “grupo a” – también denominado por el autor como “estelas panoplia” – donde reúne las estelas con representaciones de armas y algún que otro objeto de adorno como los espejos y las fíbulas; y el “grupo b” que estaría caracterizado por las estelas donde se introduce la representación del antropomorfo (Almagro Basch, 1966: 198). Sin embargo, se aprecia un cierto desconcierto cuando el autor intenta agrupar estelas por algunos de los objetos más representativos, caso de los carros, que aparecen indistintamente grabados en ambos grupos. A pesar de la escasa validez que otorga a este primer acercamiento tipológico, renuncia a extraer conclusión alguna sobre la dispersión geográfica de las estelas, si bien ya apunta la posibilidad de que las del “grupo a” sean más antiguas que las del grupo que presentan la figura del guerrero, lo que significa que sitúa el origen del fenómeno en las zonas más septentrionales, en el entorno de la sierra de la Estrella.

Cabe destacar el magnífico y conciso trabajo realizado por V. Pingel en 1974, en realidad el primer acercamiento serio a la sistematización tipológica de las estelas del suroeste. Se centró exclusivamente en las del Tipo II de Almagro, subdividiéndolo en tres subtipos: el IIa, que reunía las estelas donde sólo aparecían representados los tres elementos de las estelas básicas, es decir, el escudo, la espada y la lanza; el IIb, caracterizado por la inclusión de otros elementos foráneos que se sumaban a la composición básica; y el IIc, definido por las estelas que introducían la figura del guerrero. Si Almagro veía una innegable influencia europea en los elementos representados en las estelas, Pingel prefiere adherirse a la hipótesis de Blanco, Luzón y Ruíz Mata (1969), quienes a raíz de estudiar la estela de Ategua, en Córdoba, proponen la existencia de una dualidad entre el carácter indígena de los monumentos, a través sobre todo de los jerarcas representados, y a la presencia de la mayor parte de los objetos grabados, de origen fenicio.

El desarrollo de las tipologías de las estelas coincide con la aparición de un buen número de ejemplares en los años 70 del pasado siglo. La primera es la de Gomes y Pinho (1977), quienes añaden un nuevo subtipo a la elaborada por Pingel, el IIId, estelas con la figura del guerrero pero con la inclusión de escenas secundarias, como la de Ategua. Si las estelas

4 En la monografía sobre estelas de 2001 se manifestaba que F.P. Curado estaba en desacuerdo con esta afirmación, lo cual no deja de ser un error de interpretación de sus trabajos por nuestra parte, por lo que nos disculpamos.

básicas tienen para ellos un origen claramente europeo, éste no variaría en las del subtipo IIb y IIc, justificando la presencia de elementos europeos al continuo flujo de gentes a través de los Pirineos hacia el suroeste peninsular. Sólo en las estelas del grupo IId admiten la influencia directa de la colonización fenicia, plasmada en las complejas representaciones sociales que acompañan al guerrero.

La tipología más elaborada es la que publica también en 1977 Almagro-Gorbea. Aunque mantiene en general los tipos ya creados para las composiciones escénicas – si bien cambia el subtipo IId de Gomes y Pinho por otro en el que se tiene en cuenta la ausencia del escudo –, su aportación consiste en la elaboración de una compleja tipología centrada en los elementos más significativos representados en las estelas. Así, crea por primera vez tipos basados en la disposición de los diferentes elementos grabados en el soporte, donde el escudo juega un papel fundamental. Por último, desarrolla una tipología concreta para alguno de los objetos más señeros, caso del propio escudo, las espadas, las fíbulas o los cascos. A pesar de todo ello, el argumento principal para proponer una cronología de las estelas no deriva específicamente de la tipología elaborada, sino de la premisa de que las estelas de guerrero derivan de las alentejanas, fechadas en el siglo X, por lo que las estelas comenzarían a elaborarse hacia el siglo IX, mientras que el final del fenómeno lo sitúa hacia el siglo VII, coincidiendo con los túmulos orientalizantes del valle del Guadalquivir, especialmente de Setefilla, donde se halló uno de estos monumentos. Defiende la hipótesis sobre el carácter indígena de las estelas con elementos europeos en su origen; pero también admite la temprana llegada de elementos procedentes del Mediterráneo, antes incluso de la presencia fenicia, lo que le lleva a proponer una fase precolonial, que denomina Período Protoorientalizante.

Si por algo se caracteriza la década de los años 80 del pasado siglo es por el número de hallazgos que se produjeron, reflejados en un buen número de publicaciones que, tras una detallada descripción de la nueva estela, se incluía sin más en el cuadro tipológico elaborado por Almagro-Gorbea. Pero el mayor interés de estos nuevos hallazgos es su dispersión geográfica, que amplía sensiblemente su ámbito, así como la identificación de objetos hasta ese momento desconocidos en la representación de las estelas. En efecto, buena parte de los nuevos hallazgos se concentran en el curso medio del Guadiana y, sobre todo, en torno al valle del Zújar, dibujándose un territorio de enorme interés para el análisis del fenómeno de las estelas. A pesar de esto, en los trabajos que se publicaron sobre esos nuevos hallazgos se eludió una mención más específica al medio físico donde fueron halladas o al potencial económico de la zona afectada, salvo quizá los trabajos de Curado (1984; 1986), donde defiende la importancia de la explotación minera de la zona del norte del Tajo para entender la presencia de estos jefes locales representados en las estelas.

La introducción en nuestro país de las nuevas teorías de origen anglosajón sobre las relaciones comerciales en la Prehistoria, entre las que destaca la denominada *World System*, inciden de forma especialmente importante en el estudio de las estelas por cuanto representan, precisamente, el mejor exponente de esas relaciones comerciales. Sin embargo, y gracias a los tipos que se habían conformado a partir de alguno de los objetos más significativos, caso de los escudos, las espadas, las fíbulas y los cascos, se abre en ese momento una amplia

discusión sobre las relaciones comerciales en el Mediterráneo occidental, emergiendo con fuerza la idea de lugares con un especial protagonismo para justificar la llegada de algunos objetos representados en las estelas a la península, convirtiéndose así Cerdeña en uno de los puntos más destacados de esa distribución comercial entre el Mediterráneo oriental y occidente (Fernández Miranda, 1986; Ruíz-Gálvez, 1986; Barceló, 1989). Pero sigue pesando aún más la idea de una precolonización protagonizada por agentes del Mediterráneo oriental, ya sean griegos o fenicios, capaz de introducir nuevos productos exóticos, pero sin alterar todavía la estructura socioeconómica del territorio afectado por esta nueva red comercial. El problema y la discusión sobre los diferentes aspectos de esa precolonización no han cesado desde entonces, y es precisamente el fenómeno de las estelas uno de los argumentos claves para su análisis (Celestino, Rafel, Armada eds., 2008).

Un avance significativo en el estudio de las estelas es el que se produce en la última década del siglo XX, cuando se editan los trabajos que van a marcar el futuro de los estudios de estos monumentos. Se propone ahora un nuevo camino en la investigación sobre el significado de las estelas, basado en profundizar en los análisis de carácter geográfico en detrimento de las exhaustivas tipologías de los objetos representados (Barceló, 1989; Celestino, 1990; Galán, 1993), dándose por válidas las elaboradas por Almagro-Gorbea. Se configuran diferentes zonas geográficas donde se concentran estelas que, por regla general, responden a diferentes tipologías dentro de las composiciones escénicas que aparecen en los soportes, lo que parece mostrar una clara evolución cronológica desde las zonas más septentrionales del valle del Tajo hasta las más meridionales del valle del Guadalquivir; las primeras, de composición básica o con alguna incorporación aislada de algún elemento foráneo, relacionadas exclusivamente con el mundo atlántico, mientras que las más meridionales destacan por la incorporación de un buen número de objetos mediterráneos, y que podemos denominar sin ningún tipo de complejo como tartésicas (Celestino, 2001; 2009).

También esta primera década de nuestro siglo ha sido especialmente prolífica en hallazgos de estelas de guerrero, algunas mostrando objetos hasta el momento desconocidos, pero también nuevas composiciones escénicas que han servido para replantear algunas hipótesis sobre el significado de los personajes representados. Estos nuevos hallazgos, así como la incorporación de nuevos métodos de trabajo para ahondar en la investigación, son los que inspiran este trabajo, donde hemos querido recuperar el análisis tipológico como herramienta imprescindible para cualquier avance en la interpretación arqueológica.

Propuesta tipológica

La tipología que proponemos es, como no podía ser de otra manera, deudora de los esfuerzos realizados en los trabajos que hemos repasado en el apartado anterior; sin embargo, desde la última propuesta tipológica han pasado veinte años, periodo de tiempo en el que se han realizado numerosos hallazgos que han permitido, por un lado, definir mejor los espacios geográficos donde se concentran las estelas y, por otro, aumentar el número de objetos representados. Más importante aún se nos antoja la aparición de estelas cuyas composiciones escénicas nos han servido para avanzar de forma significativa en la interpretación

de estos monumentos.

El objetivo principal de esta tipología es asociar los diferentes tipos de estelas propuestos a las áreas geográficas donde se concentran. Por otro lado, el análisis detallado de los objetos más significativos que las componen, así como su presencia o ausencia, servirá para avanzar en el conocimiento de la cronología de estos monumentos, directamente relacionada con las diferentes áreas geográficas donde se desarrollan. Como es lógico, para elaborar esta tipología no hemos tenido en cuenta ni las estelas fragmentadas ni aquellas que han sido regrabadas, a no ser que ofrezcan una composición escénica clara, con la idea de emitir un resultado lo más objetivo posible.

La tipología se basa, al igual que las anteriores, en la generalización a partir del motivo decorativo principal, entendiendo éste como el que está grabado a un mayor tamaño o en una posición central, por lo que los motivos del escudo y de la propia figura humana y su relación en la perspectiva jerárquica son fundamentales. Para analizar su distribución espacial se ha procedido a georeferenciar y corregir la posición de todas las estelas conocidas, con el fin de que las proporciones de distancia entre las mismas sean reales y así se puedan observar las dispersiones y concentraciones. Esta acción también permite analizar las estelas por medio de los Sistemas de Información Geográfica, lo que conlleva nuevas perspectivas y tendencias de trabajo (Celestino *et al.*, e.p.).

La tipología propuesta sería la siguiente:

TIPO I – Estelas sin figura humana.

- A. Básicas – Escudo, espada y lanza.
- B. Básicas con elementos de adorno personal.

TIPO II – Estelas con escudo predominante y antropomorfo.

TIPO III – Estelas con igualdad entre el escudo y el antropomorfo.

- A. Individuales
- B. Colectivas

TIPO IV - Estelas en las que la figura humana es predominante.

- A. Individuales:
 - 1. Guerrero
 - 2. Diademadas
- B. Colectivas:
 - 1. Parejas.
 - a) masculinas
 - b) mixtas
 - 2. Personaje principal y escenas.
 - 3. Escenas

Tipo	Descripción	Subtipo	Descripción	Grupo	Descripción	Subgrupo	Descripción	Ejemplo
I	Estelas sin figura humana.	A	Básicas – Escudo, espada y lanza.					
		B	Básicas con elementos de adorno personal.					
II	Estelas con escudo predominante y antropomorfo.							
III	Estelas con igualdad entre el escudo y el antropomorfo.	A	Individuales					
		B	Colectivas					
IV	Estelas en las que la figura humana es predominante.	A	Individuales	1	Guerrero			
				2	Diademadas			
		B	Colectivas	1	Parejas	a	Masculinas	
						b	Mixtas	
				2	Personaje principal y escenas.			
		3	Escenas					

Quadro 1: Tipología propuesta.

TIPO I

Se caracteriza por el predominio del escudo sobre el resto de objetos grabados, situándose en el centro de la composición y a un gran tamaño. Son las proporcionalmente más grandes de la serie y las que presentan los objetos grabados con mayor detalle, pero por contra son las que ofrecen menos elementos decorativos.

- TIPO I.A

Los monumentos de este tipo presentan una composición básica – escudo, espada y lanza –, los soportes son bastantes regulares y la decoración ocupa el centro de la pieza, separando espacios sin grabar en los extremos de la composición, lo que nos indica que estamos ante losas, seguramente para ir tumbadas y no hincadas. La distribución de las tres armas grabadas es siempre idéntica; escudo a gran escala en el centro de la losa, equidistante de los extremos del bloque de piedra; espada bajo el escudo con la empuñadura, por norma general, orientada hacia la derecha y lanza sobre el escudo, con la hoja siempre en el sentido contrario a la de la espada. El que el escudo siempre centre la decoración y el que la lanza y la espada se dispongan sobre y bajo el escudo respectivamente, indica que es el soporte en sí el que representa al ser humano, al guerrero, ocupando sendos elementos su ubicación natural como si de un retrato se tratara.

- TIPO I.B

La composición básica del anterior tipo se vio alterada al introducir entre los motivos grabados una serie de objetos de adorno (espejos, fíbulas) o nuevas armas defensivas (como el casco de cimera), destacando la inclusión del carro, grabado siempre en perspectiva cenital. La distribución de los grabados en el soporte también varía, situándose en la parte superior, reservando un espacio en la zona inferior para poder sustentarse hincada en la tierra, surgiendo las estelas propiamente dichas. Hay que destacar que cuando se incorporan estos nuevos elementos, éstos nunca pierden la posición real si tenemos la referencia de la figura del guerrero en la propia piedra; así vemos como el espejo y las fíbulas ocupan las posiciones superiores, a la altura del pecho u hombro, también los cascos, siempre en el extremo superior o los carros, grabados en la zona inferior, a los pies del guerrero, como si éste hubiese sido representado por la estela.

Distribución:

La mayor parte de los ejemplares del Tipo I se concentran entre el Sistema Central y el río Tajo. Sin embargo, hay una serie de ejemplares aislados, como el recientemente aparecido en Montalegre (Bacelar y Reis, en este mismo volumen) y otra serie de ejemplares en el Alto Guadiana y Guadalquivir. Hay que destacar una cierta tendencia direccional desde el Guadiana hacia el Guadalquivir, donde está el núcleo de Córdoba.

Por subtipos, el I.A. muestra dos puntos de concentración claros: en el entorno de la Sierras de Gata y Malcata, en el Sistema Central, y en la Sierra de Montánchez, divisoria de aguas con el Guadiana. Cabría añadir las estelas aparecidas en el entorno de Córdoba, pero su número es menor y están más aisladas. Por su parte, los ejemplares del Tipo I.B. tienden a estar menos concentrados que las del tipo anterior, pero en

zonas similares, como el grupo que se extiende desde la Sierra de la Estrella hasta el valle del Jerte o las estelas ubicadas al sur del Tajo, entre las penillanuras y las sierras.

Comentarios:

Creemos que, al igual que el fenómeno de las estelas es de raíz indígena, también lo son las primeras armas que se graban en ellas, entendiendo por indígena la manifestación cultural de marcado carácter atlántico. Y así debemos considerar otros objetos que se incorporan pronto a las estelas básicas como son los cascos de cimera.

La incorporación de nuevos objetos de importación a estas estelas básicas, donde destacan las fíbulas, los espejos y los peines, creemos que se debe a la apertura del comercio entre el Atlántico y el Mediterráneo a través de la Meseta y los Pirineos orientales en las últimas fases del Bronce Final, paralelo en el tiempo al que se consolidará y desarrollará a través de Huelva y el Mediterráneo central, dando paso a la colonización fenicia. Es el caso de los espejos, los primeros objetos que aparecen en las estelas acompañando a los escudos, las espadas y las lanzas, bien documentados en el depósito de Lloseta, en Baleares y datados en el Bronce Final pretalayótico (Salvà, Calvo y Guerrero, 2002). También la temprana presencia de las fíbulas de codo en estas estelas básicas puede responder a una relación comercial con el suroeste peninsular, donde destaca el depósito de la Ría de Huelva, desde donde parece que se pudieron distribuir por otros puntos de la península; pero no podemos obviar que estas fíbulas también se documentan en la Meseta Norte y en la costa levantina, lo que incide en la posibilidad de que existieran dos rutas comerciales paralelas para abastecerse en las áreas de la vertiente atlántica peninsular de los primeros objetos procedentes del Mediterráneo. Por lo tanto, y en sintonía con lo que ya han defendido algunos investigadores (Guilaine y Racoul, 1996; Guerrero 2004; Vilaça 2008), creemos que el grabado de objetos de clara filiación mediterránea en las estelas, caso de los peines, las fíbulas y los espejos, así como la lira de la estela de Luna, se debe a la apertura de una ruta comercial que por el interior de la península estaba comunicada con el noreste peninsular y, desde aquí, se bifurcaba hacia las Baleares y, por otro lado, hacia el Languedoc y la costa italiana. Circunstancia que no sólo justificaría la existencia de estelas en el sureste francés y la de Luna en Aragón, sino que nos permitiría entender el establecimiento, pocos años después, de dos focos de colonización, el meridional dominado por los fenicios, y el de la costa catalana y del Languedoc, protagonizado por la presencia griega (Celestino, 2008).

TIPO II

Estas estelas son poco numerosas, caracterizándose por incorporar la figura humana a la composición básica del tipo anterior, aunque el escudo sigue siendo predominante en la escena. La figura humana se añadió como si de un elemento exótico más se tratase, sin embargo, su introducción alteró la composición básica, así, aunque el escudo sigue ocupando el centro del soporte, la figura humana se añade también en una posición central, aunque de menor tamaño, mientras que la espada y la lanza pasan a la zona superior. Por otra parte, el resto de los elementos se siguen situando en

su posición "natural", como si la estela siguiese representando el cuerpo del guerrero: casco en la zona superior y carro en la inferior.

Distribución:

Solo contamos con dos ejemplares de este tipo, los de Solana de Cabañas y Zarza de Montánchez, ambos en la provincia de Cáceres y en las inmediaciones de las serranías que sirven de separación entre las cuencas del Tajo y del Guadiana.

TIPO III

En este amplio grupo, los escudos aún mantienen una presencia preponderante en la composición escénica, pero la figura humana va adquiriendo mayor protagonismo en detrimento del propio escudo. El soporte deja de actuar como representación del cuerpo, por lo que los objetos se ubican en relación al diseño del propio guerrero grabado. El valor del escudo, aún cuando comienza a desaparecer la característica escotadura, sigue siendo muy significativo, representándose aislado tanto en la zona superior, en el centro o en la zona inferior, ocupando así buena parte del soporte, mientras que la figura del guerrero aparece rodeada del resto de armas y objetos de prestigio en su justa proporción. Se puede decir, por consiguiente, que el escudo sigue manteniendo dentro de este tipo, un fuerte valor identitario. Es muy significativo que en las estelas de este tipo se comienza a representar cascos de cuernos, que nunca aparecen en los tipos anteriores.

- TIPO III.A

Se trata de estelas en las que sólo se ha representado un personaje principal, aún cuando en algunas composiciones aparezca más de una figura humana, caso de los ejemplares de Burguillos, El Viso IV o Ervidel II.

- TIPO III.B

Se incluyen en este tipo estelas que muestran varias figuras humanas, parejas principalmente, con el mismo tamaño o con los mismos elementos asociados.

Distribución:

Las estelas del tipo III se concentran significativamente en el curso medio del Guadiana, en torno al río Zújar y las regiones de la Serena y la Siberia extremeñas, al este de la provincia de Badajoz. Así mismo, hay un foco muy disperso en el Guadalquivir, pero también destaca la aparición de este tipo de estelas en zonas donde no se hallaban ejemplares de los tipos anteriores, caso del Sur de Portugal y del Tajo Medio, al oeste de la provincia de Toledo.

TIPO IV

Las estelas incluidas en este tipo se caracterizan por el protagonismo absoluto de la figura humana sobre cualquier otro elemento. La figura puede aparecer de forma individual o colectiva; en este último caso, puede o bien formar parejas o bien

escenas que se combinan, lo que da lugar a las composiciones más ricas de la serie. En las estelas de este tipo el escudo pasa a ser un elemento más, representado con la misma escala que el resto de los objetos y subordinado al personaje, llegando en varias ocasiones a desaparecer de la composición. Estos monumentos han sido considerados, por su complejidad compositiva y la introducción de nuevos elementos de origen mediterráneo, como los más modernos, cuando la cultura tartésica se ha asentado en el sur peninsular.

- TIPO IV.A

Los ejemplares incluidos en este tipo ostentan un solo personaje principal, normalmente representado a gran tamaño y en el centro del soporte. Se puede clasificar según la naturaleza del individuo representado, bien sea este un guerrero o un personaje diademado.

IV.A.1

En estas estelas el personaje principal es el guerrero, que aparece rodeado de sus armas y otros objetos de prestigio en su posición natural, mientras que el carro se graba, por regla general, a los pies del guerrero o bien en lugares aislados del soporte. También es significativa la cada vez mayor frecuencia de objetos relacionados tanto con el adorno personal como con la caza, siempre en detrimento de las propias armas, con excepción del casco de cuernos, presente en cualquier tipo de representación, lo que nos hace pensar que más que un símbolo de poder guerrero, podría estar aludiendo a la representación divina del personaje, ahora influenciado por las corrientes procedentes del mediterráneo oriental (Celestino y López-Ruiz 2007; Tejera, Fernández y Rodríguez, 2006).

IV.A.2

Estelas cuyo rasgo más significativo es la presencia de un elemento decorativo que parece rodear la cabeza de la figura representada. La mayoría de ejemplares presentan la característica diadema, el collar y, a veces, el cinturón. A medida que se fueron esquematizando, las estelas sólo mantuvieron la diadema como seña de identidad principal, perdiendo valor tanto el cinturón como el collar. Sin embargo, se representaron otros objetos de ajuar, como peines o fíbulas.

Las estelas diademadas han cobrado en los últimos años una gran importancia. Los últimos hallazgos, realizados además en las zonas con mayor densidad de estelas de guerrero, han demostrado la contemporaneidad de estas estelas con las de guerrero, hecho de crucial importancia para ahondar en el significado social de todos estos monumentos. Ha sido mucha la literatura vertida sobre estas estelas, desde la elaborada por algunos investigadores que piensan que las diademadas son más antiguas que las estelas de guerrero por derivar directamente de las antropomorfas y de los ídolos-placa del Bronce (Bueno, 1990; Almagro-Gorbea, 1994; Barceló, 1992), hasta los que defendemos que, a pesar de una posible reminiscencia en esa etapa del Bronce Inicial, las estelas diademadas responden a un fenómeno que corre paralelo al de las estelas de guerrero (Celestino 2001; Santos 2009).

- TIPO IV.B

Se recogen en este tipo las estelas que presentan más de un personaje y en las que, al igual que las anteriores, el escudo ha pasado a ser un objeto más o incluso ha desaparecido, convirtiéndose la figura humana, en exclusiva, en la protagonista de la composición. Se trata pues, de dos personajes con diferentes atributos en igualdad de importancia.

IV.B.1

Se caracterizan por presentar dos personajes principales situados en el mismo plano jerárquico. Hemos incluido en este grupo el ejemplar de El Viso III a pesar de tener tres personajes, pero es evidente que la composición escénica de esta estela responde a las mismas características que el resto del grupo. Se encuentran a su vez diferenciadas en dos clases, aquellas que al igual que el Tipo IIIB presentan dos personajes masculinos y las que muestran un personaje masculino, un guerrero, y otro femenino, con su representación diademada:

IV.B.1.a – Estelas donde se representa una pareja masculina donde destaca, como ocurre en el Tipo III.B., la representación de un arco asociado a una de ellas.

IV.B.1.b – Estelas con representación de un guerrero y una mujer diademada. Este último subtipo es el que suscita mayor interés, en primer lugar, porque certifica la idea de contemporaneidad con las estelas de guerrero y, en segundo lugar, porque ayuda a entender el papel desempeñado por sendos personajes representados que, en el caso de las diademadas, siempre aparece desprovisto de armas. En nuestra publicación de 2001 ya se hizo una alusión a este punto en relación a la estela de El Viso III, donde dos guerreros con espada al cinto y respectivos escudos flanqueaban a un antropomorfo tocado con una compleja diadema. Otros personajes diademados, si bien en posición marginal y formando parte de un conjunto escénico, se interpretaron también en las estelas de Ategua y Zarza Capilla III; sin embargo, ha sido el hallazgo de la estela de Almadén de la Plata I (Sanjuán *et al.*, 2007) la que ha permitido verificar esa hipótesis, si bien el significado que dan sus divulgadores a la estela dista mucho de nuestra interpretación. Como suele ser habitual en las estelas, éste que parecía un fenómeno aislado, ha tenido un nuevo refrendo recientemente al conocerse una nueva estela en el entorno de Almadén, en la provincia de Ciudad Real, en la que se repite la misma escena; es decir, la figura del guerrero rodeado de sus armas junto a una figura diademada (Blanco y García Bueno, e.p.)⁵.

IV.B.2

Este es uno de los tipos más llamativos, donde destaca una escena de gran complejidad encabezada por la representación del guerrero, debajo del cual se suceden otras escenas de carácter narrativo.

⁵ Queremos agradecer la gentileza de las autoras del trabajo Dña. Ana María Blanco Fraga y Dña. Carmen García Bueno, quienes nos han cedido el mismo y nos han mostrado las fotos de estos dos nuevos hallazgos. Así mismo, agradecer a D. Luís Mansilla, director del Museo Histórico Minero de Almadén, su amabilidad y el que nos pusiera en contacto con las autoras.

IV.B.3

Se incluyen en este tipo las estelas en las que se ha grabado una serie de figuras con igualdad jerárquica y cierto movimiento, representando acciones reales. Lamentablemente, sólo podemos incluir en este tipo la estela de Aldea del Rey III, aunque Galán (2007: 7) ha propuesto de manera muy sugerente que la mencionada estela de El Viso III esté manifestando también una escena de intercambio.

Distribución:

La dispersión de los monumentos del Tipo IV se circunscribe principalmente al tramo medio de las cuencas del Tajo, Gadiana y Guadalquivir, con especial concentración nuevamente en torno al río Zújar y en las campiñas al sur del Guadalquivir. El Tipo IV.A.1. se localiza mayoritariamente en Andalucía y, en menor medida, en los cursos medios antes indicados. Por su parte, destaca el alto grado de concentración del tipo IV.A.2., las estelas diademadas, con más del 50% de sus ejemplares en torno a la desembocadura del río Guadalmeiz, afluente del Zújar. También llama la atención, al igual que con su pareja masculina, la presencia de una estela de este tipo en Torrejón el Rubio, en una zona donde no se han hallado estelas del tipo básico. Respecto a la representación de parejas, Tipo IV.B.1, su dispersión se vuelve a concentrar en torno a los valles del Zújar y del Guadalmeiz, lo que evidencia nuevamente la importancia que tuvo esta región en el fenómeno de las estelas. Finalmente, las estelas con la decoración más compleja, Tipo IV.B.2., se reparten por igual entre el Guadalquivir y el curso medio del Zújar.

Cronología

Resulta cuanto menos paradójico que una de las manifestaciones arqueológicas más ricas en cuanto a la información iconográfica que nos proporciona, presente tantas dificultades a la hora de valorar su cronología. El problema deriva, en la mayor parte de los casos, de la individualización de los diferentes elementos que se han analizado, cuando parece más lógico hacer una valoración global de esos objetos por la diversidad que presentan con respecto a su origen. Quizás el caso que mejor ilustra este argumento sea el carro, tratado de forma exclusiva en diferentes ocasiones (Cuadrado, 1955; Powell, 1976; Piggott, 1983; Celestino, 1985; Fernández Miranda y Olmos, 1986; Blázquez 1986; Quesada, 1995; Mederos y Harrison, 1996; Mederos, 2008), además de su especial tratamiento en las diferentes monografías sobre las estelas (Almagro, 1966; Amagro-Gorbea, 1977; Barceló, 1989; Celestino, 2001; Harrison, 2004). Si analizamos el carro de forma aislada, obviando el resto de elementos que conforman las complejas escenas de las estelas, podemos divagar por diferentes puntos del Mediterráneo o, incluso, del norte de Europa, buscando una filiación que a buen seguro encontraremos dado el lógico éxito de un vehículo de esta naturaleza. De esta manera, si queremos defender un origen cultural concreto para el sur peninsular, o bien sus relaciones comerciales previas a la colonización fenicia o griega, el carro es un instrumento fundamental para apoyar cualquiera de la hipótesis que se plantee, pues

su presencia, y su forma, es evidente y se documenta en cualquier punto susceptible de haber protagonizado algún contacto con nuestra península. Por ello, nos parece especialmente interesante la propuesta que realizaron en su día Fernández Miranda y Olmos, y que enlaza con la hipótesis que defendíamos anteriormente, según la cual los carros, de claro origen mediterráneo, entrarían en la península por una doble vía; la primera favorecida por la conexión micénica existente desde hacía tiempo a través de los Pirineos; y, la segunda, a través de la colonización fenicia, lo que justificaría tanto su temprana presencia en algunas estelas básicas como su generalización en los monumentos de las zonas más meridionales, donde adquieren un especial significado dentro de la composición escénica. De esta manera, la horquilla cronológica entre los siglos IX y VII para los carros nos parece la más coherente.

Pero ha sido el escudo el que ha concentrado una mayor bibliografía en torno a su origen y cronología, tanto por su profusión y protagonismo en las estelas de guerrero, como por su significativa y numerosa presencia en otras áreas del Atlántico, el Mediterráneo y el centro y norte de Europa, lo que ha disparado, al igual que sucedió con los carros, una gran cantidad de hipótesis sobre su origen y cronología. Sin embargo, el escudo es el objeto que mejor puede ilustrarnos sobre la evolución de las estelas, tanto en el plano geográfico como tipológico, gracias no sólo a su variedad, sino principalmente a su paulatina transformación dentro de la composición escénica de las estelas. Es sin duda el elemento más antiguo, junto a la espada y la lanza, pero también el que mejor se va adaptando a la continua evolución de las estelas, de ahí la importancia de su análisis con respecto a las zonas geográficas donde aparece, directamente relacionado con su transformación tipológica. Desde los primeros estudios de los escudos por parte de Mac White (1947), Hencken (1950), Sprokhoff (1954) y, sobre todo, Coles (1962), e independientemente del diferente origen que le otorgan, dejan claro que en ningún caso podían ser anteriores al siglo VIII a.n.e., pues ni los chipriotas, egeos, centroeuropeos u orientales que respectivamente consideran como el origen de los representados en las estelas, traspasan esa fecha. Las cronologías más antiguas de los escudos son otorgadas precisamente por los investigadores peninsulares, para quienes los contactos comerciales previos a la colonización, ya sea a través del Egeo o del Próximo Oriente, son el verdadero origen de estas armas defensivas (Almagro-Gorbea, 1977; Bendala 1977, 1987), cuando no son una consecuencia directa de la colonización fenicia (Blázquez, 1986). Por último, y en función del escudo en relieve de la estela de Baraçal (Curado, 1984), Barceló (1989) sitúa los escudos en torno al siglo XI, descartando así la posibilidad de que sean los escudos egeos los que deriven de los peninsulares. En este sentido, nuestra postura no varía de la que ya expusimos en 2001, según la cual los escudos de las estelas son de manufactura y diseño indígena, enmarcados dentro del círculo atlántico al que pertenece la zona geográfica donde se originó el fenómeno. Por lo tanto, el escudo, así como la espada y la lanza de las estelas básicas, son inmediatamente anteriores a la llegada de los primeros objetos de procedencia mediterránea, independientemente de la vía por la que llegaron a estas zonas del interior. Los recientes hallazgos y, sobre todo, los análisis efectuados en algunos ejemplares procedentes del

norte de Europa y las Islas Británicas, no hacen sino confirmar esta hipótesis (Needham, 1979, 1996; Osgood, 1998; Tabor, 1999). Así, una fecha en torno al siglo X a.n.e. podría ser la más idónea para situar el origen de las primeras estelas de composición básica en el centro de Portugal y el norte de la provincia de Cáceres.

Si analizamos las espadas y las lanzas que aparecen grabadas en las estelas básicas, veremos la enorme dificultad con la que nos encontramos a la hora de concederles un tipo concreto. No es menos cierto que algunas de las estelas más significativas, caso de Solana de Cabañas, Alamillo, Écija II y V o Pedro Abad, presentan espadas que bien podrían pertenecer al tipo de "lengua de carpa", pero también es evidente que las espadas que aparecen grabadas en las estelas básicas, donde los grabadores tuvieron un especial cuidado en dibujar los detalles de los escudos, no pertenecen a ninguno de los tipos conocidos, de donde se puede deducir que son tipos indígenas que no se han documentado hoy en día, tal vez porque estas armas fueron fundidas y retiradas de la circulación para adoptar los nuevos tipos atlánticos que se manifiestan en las estelas más modernas distribuidas principalmente por los valles del Zújar y del Guadalquivir, y parece que bien datadas en torno al siglo IX. Este hecho nos vuelve a remitir al siglo X para fijar el origen de las estelas básicas. Las espadas de tipo atlántico, cuya dispersión se puede rastrear por toda la fachada atlántica y el centro del Mediterráneo (Coffyn 1985; Meijide 1988), pervivieron en época tartésica, por lo que es lógica su presencia en las estelas más complejas del Guadalquivir hasta el final de su existencia.

También las fíbulas se han prestado a su valoración cronológica por ofrecer en algunos casos tipos muy explícitos en cuanto a su tipología. Destacan especialmente los imperdibles de codo, en algunos casos dibujados con gran detalle, caso de los ejemplares de Olivenza, Erdivel II, Alamillo, Esparragosa de Lares I, Cabeza del Buey I, Las Herencias I, Torrejón el Rubio I o Brozas. El problema de las fíbulas de codo es muy similar al de otros objetos dibujados en las estelas básicas, reproducidos también en las estelas más meridionales; sin embargo, en el caso de las fíbulas podemos extraer dos interesantes datos. En primer lugar, destacar que las fíbulas sólo aparecen en cuatro estelas básicas (Brozas y Torrejón el Rubio I en el norte y Quintana y Espiel en el sur) en las que hay una gran cantidad de objetos acompañando al escudo, la espada y la lanza, lo que demostraría una tardía introducción de este objeto; y, en segundo lugar, que en el resto de zonas geográficas se mantiene el mismo tipo de fíbula, lo que parece demostrar, una vez más, el corto espacio de tiempo que duró el fenómeno, probablemente no más allá del siglo VII a.n.e. Sólo en los casos de Cortijo de la Reina II, Valencia de Alcántara III, y de forma dudosa Los Palacios, podemos afirmar que la fíbula representada no se corresponde con un ejemplar acodado. Cabría destacar el hecho de que algunos objetos interpretados anteriormente como fíbulas en los ejemplares de El Viso I y VI, dada su acusada diferencia con el resto de fíbulas y su cercanía al arco, pudieran reinterpretarse como un carcaj, tal y como ya se ha hecho en la estela de Capilla VII "La Pimienta" (Domínguez, González y De Hoz, 2005: 50).

Conclusiones

La aparición de un buen número de estelas en la última década ha permitido ampliar nuestra visión en cuanto a su dispersión geográfica; por un lado, algunos ejemplares han sido hallados en zonas interiores donde no se conocían, lo que ha permitido unir espacios, acercar zonas que antes nos parecían aisladas; por otra, recientemente se han documentado algunas estelas que sobrepasan con holgura los límites geográficos hasta ahora establecidos, como el reciente descubrimiento de Montalegre, en el norte de Portugal, es decir, el cuadrante suroccidental de la península ibérica, amén de los ejemplares franceses y el de Luna, lo que abre todo un mundo de posibilidades sobre la verdadera amplitud geográfica del fenómeno, pues, si bien está claro que sigue siendo una manifestación cultural fundamentalmente del suroeste peninsular, los nuevos descubrimientos mencionados nos inclinan a reconsiderar esa denominación para incluir toda la mitad occidental de la Península Ibérica.

Por el momento disponemos de un dato incontestable: en la zona conformada entre los valles del Tajo y del Duero, al oeste de la sierra de Gata, o la que, *grosso modo*, afectaría al noroeste de la provincia de Cáceres y ambas Beiras portuguesas, no se han documentado estelas con la figura del guerrero, sino que todos los monumentos localizados pertenecen al grupo de las denominadas "estelas básicas", algunas con la incorporación de algún elemento de importación, normalmente el espejo. Sin embargo, este tipo de estelas no es exclusivo de esta zona, sino que podemos ver algunos ejemplares, ciertamente escasos, tanto en el entorno del valle del Guadiana como en el del Guadalquivir. En este sentido, no podemos olvidar los significativos hallazgos de origen mediterráneo documentados en la zona de la Beira portuguesa, como el depósito de Baiões, en Viseu, una zona donde también se han producido varios hallazgos de estelas básicas que deben considerarse cronológicamente muy cercanos.

Las estelas básicas, halladas por lo general en los puntos más septentrionales del cuadrante suroccidental de la península, han proporcionado, gracias al aludido cuidado con que fueron grabados los objetos, la base para la elaboración de todas las tipologías ensayadas, y su elemento principal, el escudo, el objeto sobre el que más se ha reflexionado. Lamentablemente, todos los escudos hallados de similares características a los representados en las estelas han aparecido fuera de la península y con una dispersión extraordinaria, documentándose en las Islas Británicas, centro y norte de Europa y Grecia. Sin embargo, y teniendo en cuenta los claros contextos arqueológicos donde se hallaron los escudos del continente europeo y los de las islas griegas, éstos en ningún caso son anteriores al siglo VIII a.n.e., por lo que parece claro que tanto el escudo representado en las estelas, así como la espada y la lanza que lo acompañan en las estelas básicas, son de claro origen atlántico y de un momento anterior a la colonización mediterránea, momento en el que las estelas comienzan a incorporar nuevos objetos y se produce una auténtica renovación en su escenografía. A la vez que las estelas cambian su formato compositivo, donde destaca especialmente la introducción de la figura del guerrero y de la diademada, su dispersión geográfica

también cambia, apreciándose una concentración de estos monumentos en las zonas más meridionales. Creemos que estas premisas son fundamentales para poder avanzar en una nueva propuesta tipológica que nos ayude a desvelar buena parte de las numerosas incógnitas que aún rodean a estos monumentos.

Otro dato de enorme interés es el que nos aporta el entorno geográfico del valle del Zújar, lugar en el que se concentra el mayor número de estelas y donde no se ha documentado ninguna de composición básica, sino que todos los ejemplares presentan figura humana, ya sea del guerrero o diademada. Esta es sin duda la zona más importante de la serie, no tanto por el número de ejemplares que aporta, más del 50%, sino porque es donde se puede apreciar mejor la evolución compositiva de las estelas, así como por ser un lugar de evidente importancia geográfica en el intercambio cultural y comercial que se desarrolló en el Periodo Orientalizante, situándose en el punto neurálgico de la comunicación Sur/Norte o valle del Guadalquivir/valle del Tajo, que tanta importancia y repercusión tuvo en esa época, lo que a su vez justifica la existencia de numerosos e importantes yacimientos arqueológicos en el valle medio del Tajo de fuerte influencia tartésica. Hay que tener en cuenta que es en esta zona de la Serena donde se establecerá un punto de enorme importancia estratégica para la difusión de la cultura tartésica de la periferia como es Medellín (Almagro-Gorbea 2006; 2008a; 2008b) y donde surgirán una serie de yacimientos orientalizantes en su entorno que conformarán un territorio muy bien definido al oeste del valle del Zújar, ya lejos del núcleo donde se desarrolló ese nutrido grupo de estelas, momento que coincide con la desaparición del fenómeno, hacia los inicios mediados del siglo VI a.n.e., fecha que se puede deducir gracias a la aparición de la estela de guerrero de Cancho Roano, reaprovechada en la fase A-2 del santuario (Celestino y Martín 1993: 301).

Como hemos apuntado, la aparición de estelas ha proporcionado nueva información capaz de generar una nueva mirada al fenómeno cultural de estos monumentos. Si antes hacíamos alusión al hallazgo de la estela de Almadén de la Plata II, donde se verificaba la contemporaneidad del guerrero y la figura diademada, no menos importancia tienen algunas de las estelas halladas en la provincia de Córdoba y publicadas recientemente (Murillo, Morena y Ruíz 2005). Estas estelas cordobesas destacan por dos motivos principales; en primer lugar porque dos ejemplares procedentes de Cortijo de la Reina se encontraron a una distancia de tan sólo 6 m. entre sí y, sobre todo, porque bajo una de ellas parece que se localizaron tres vasijas del denominado Bronce Final Precolonial (Murillo 1994), si bien hay que reseñar que este tipo de vasija pervive sin dificultad en la I Edad del Hierro del Guadalquivir. Las vasijas parece que estaban rellenas de una tierra cenicienta que debió estar relacionada con la presencia de un buen número de huesos cremados que, desgraciadamente, no se han conservado, lo que nos ha privado de calibrar la verdadera importancia del hallazgo y su dimensión cultural.

El segundo hallazgo de importancia procede del entorno de Córdoba, en concreto de Cerro Muriano, muy cerca de donde se hallaron otros dos ejemplares ya publicados

(Morena y Muñoz 1990; Murillo 1994). La decoración de la estela en cuestión sólo nos ha llegado a través de un dibujo realizado gracias a la existencia de una fotografía del monumento, por lo que debemos ser cautos en las conclusiones que extraigamos de su interpretación. Se trata en concreto de un objeto grabado a la altura de la cabeza del guerrero que ofrece clara forma de lingote chipriota o piel de toro extendida, convirtiéndose así en la primera figura de este tipo hallada en las estelas, a no ser que reinterpretemos a partir de este grabado otras figuras hasta ahora difíciles de definir, caso de los objetos que aparecen en las estelas de Castuera⁶, Capilla III y El Viso VI, estelas todas ellas ubicadas en el pasillo natural que comunica el valle del Zújar con la provincia de Córdoba. No vamos a desarrollar aquí las connotaciones culturales que puede tener la presencia de este objeto en las estelas y las analogías con otros objetos y estructuras aparecidas en nuestra península a partir de la I Edad del Hierro, máxime cuando se ha tratado recientemente por uno de nosotros (Celestino 2008: 116), pero si es pertinente insistir en la profundización de los estudios analíticos de algunos de los objetos que aun carecen de un significado aceptado por todos los estudiosos del tema. Como decíamos al comienzo de este trabajo, la técnica de grabado de las estelas está condicionada en muchos casos por los soportes pétreos que se utilizaron, de ahí que haya diferentes puntos de vistas interpretativos sobre algunos objetos o de sus tipos. Como menciona Díaz-Guardamino en su trabajo de 2006, la iconografía de la estelas es de una alta complejidad, pero creemos que un estudio pormenorizado de al menos los elementos mejor representados podría ayudarnos a resolver algunos problemas que hoy parecen estancados.

En los últimos años y a raíz de nuevos hallazgos de estelas, tanto dentro como fuera de la península ibérica, se han elaborado novedosas hipótesis sobre su significado, aunque no tanto basadas en la funcionalidad de los monumentos como en el simbolismo de los personajes en ellos representados. Es curioso que sea el casco o el tocado de las figuras humanas representadas en las estelas los que hayan marcado esta revisión, pero el hecho de que se documenten dos tipos de cascos muy distintos y de diferentes orígenes, así como el hecho de que las estelas diademadas aparezcan por vez primera junto a los guerreros en las composiciones escénicas, ha propiciado estas nuevas interpretaciones (Santos, 2009).

En las estelas se representan claramente dos tipos de cascos, los de cimera y los de cuernos. Los primeros se ciñen a las áreas más septentrionales y nunca aparecen con la figura del guerrero, pues parece que cuando ésta comienza a representarse ya hacen acto de presencia los cascos de cuernos, muy localizados en el valle del Guadalquivir, Zújar y valle medio del Tajo, marcando una vez más esa línea vertical de penetración desde el sur hasta las tierras del Tajo, donde es tan significativo el desarrollo del Orientalizante.

El casco de cimera, siempre dibujado con detalle como es habitual también en los escudos que los acompañan, aparece sólo en las estelas de composición básica de

⁶ La estela de Castuera es la anteriormente conocida como Esparragosa de Lares II (Celestino, 2001:369), pero dada su aparición en el primer término municipal y no en el segundo, creemos oportuno cambiar su denominación. Agradecemos a D. Cándido González Ledesma su puntualización y ayuda.

Aldeia Velha, publicada en este volumen, Alcántara III, Santa Ana de Trujillo y Zarza de Montánchez. Otros cascos en forma de triángulo invertido y grabados sobre las cabezas de guerreros de las zonas más meridionales son difíciles de interpretar por su esquematismo, por lo que preferimos no tenerlos en cuenta a la hora de clasificarlos. Por lo tanto, la primera observación es que los cascos de cimera están escasamente representados y, cuando lo hacen, aparecen bajo la influencia de la concepción básica de las estelas, incluso en el caso de que aparezca la figura del guerrero, como ocurre en la estela de Zarza de Montánchez. Este tipo de casco, bien conocido en la fachada atlántica francesa (Coffyn 1985), fue hallado entre los numerosos bronce del depósito de la Ría de Huelva, lo que abrió la polémica sobre si su origen era atlántico o mediterráneo, en concreto procedente de Chipre, como defendió Schauer en su clásico trabajo sobre los cascos de nuestra península de 1983. Pero tampoco podemos olvidar que estos cascos de cimera están presentes en el norte de Italia a partir del siglo IX, por lo que no deberíamos descartar un contacto noreste/suroeste como ya hemos señalado anteriormente.

Los cascos de cuernos, por el contrario, representan más del 25% de la serie, con la peculiaridad de que su presencia se concentra en las áreas más meridionales, especialmente en el Zújar y el Guadalquivir, si bien hay algunas excepciones en el valle Medio del Tajo, donde estos cascos aparecen grabados en las estelas de Talavera de la Reina, San Bartolomé y Herencias II, monumentos que, por otra parte, se hayan en el eje de comunicación entre la zona de Tartessos y el Tajo. Es importante señalar que aunque la mayor parte los guerreros con cascos de cuernos aparecen rodeados del resto de armas y elementos de adorno personal, también hay varios casos en los que la figura humana se representó sin armas, pero sin perder el casco. Esta circunstancia, además de otros componentes ya expuestos en un trabajo anterior (Celestino y López-Ruiz 2006), ha alimentado la idea de que los guerreros pudieron adquirir una simbología más relacionada con ritos de fundación (García Sanjuán et al. 2006) o de ritualidad religiosa, representando divinidades de origen mediterráneo (Tejera, Fernández y Rodríguez 2007). La presencia de guerreros con cascos de cuernos acompañados por figuras diademadas ha servido para profundizar en esta cuestión.

En definitiva, podríamos concluir que las estelas se originan en un ambiente cultural del Bronce Final Atlántico en la zona interior del suroeste peninsular, en concreto, en las Beiras portuguesas y el noroeste de Extremadura, si bien cada día parece más obvio que el fenómeno se pudo extender hacia zonas más septentrionales del interior de la fachada atlántica. Es precisamente en estas zonas donde se detectan los primeros elementos de origen mediterráneo –espejos, fíbulas, peines y carros– lo que puede indicar que se activó una vía de comercio continental entre el suroeste y noroeste peninsular que justificaría no sólo la presencia de estos elementos, sino también la dispersión por la Meseta de otros hallazgos de similares características o la presencia de yacimientos de gran importancia en la Beira portuguesa que muestran tanto importaciones (ámbar, vidrio, hierro) como otros objetos que evidencian el control del intercambio, caso de los ponderales (Vilaça, 2003, 2006, 2008b). El cambio fundamen-

tal en las estelas se produce con la introducción de la figura del guerrero, hecho que coincide con la expansión del fenómeno hacia zonas más meridionales, cuyo foco de mayor importancia y concentración será el valle del Zújar. La importancia de la presencia de la figura humana irá en detrimento de la representación del escudo, mientras que se incorporan nuevos elementos de origen mediterráneo que ahora proceden del comercio con el foco tartésico, un polo de atracción que se presenta como la causa más plausible para justificar la presencia de las estelas en los valles del Guadiana y Guadalquivir. Es en estas zonas, donde el fenómeno pudo estar presente desde sus inicios, donde se aprecia la mayor complejidad escénica de las estelas, destacando la marcada individualidad del personaje representado con sus símbolos de poder político y económico, lo que demuestra el acaparamiento de los medios de intercambio y el abandono paulatino de los emblemas gentilicios, como el escudo con escotadura, en favor de la dependencia social evidenciada por las escenas supeditadas a la figura principal. La aparición de las estelas diademadas – tanto de forma individual como compartiendo protagonismo con los guerreros –, de los cascos de cuernos, de escenas de caza o de complejos rituales de danza relacionados con el mundo funerario, suponen un drástico cambio en la concepción simbólica de las estelas, ya muy alejadas de su significado original. Por último, y en función de los aspectos anteriormente desgranados, creemos que el fenómeno de las estelas pudo surgir en torno al siglo X a.n.e., manteniéndose en su estructura básica hasta al menos el siglo VIII. Con la colonización mediterránea se alteró la composición de las estelas, introduciéndose la figura del guerrero y otros elementos de adorno que las caracterizan; este momento se puede datar entre los momentos finales del siglo VIII y mediados del VII a.n.e. Y, por último, cuando la figura humana se convierte en la protagonista absoluta de las estelas y se comienzan a grabar escenas de cierta complejidad social, se pueden datar entre mediados del siglo VII y el VI a.n.e., momento que coincidiría con la aparición de las estelas con inscripción y el fin del fenómeno orientalizador.

Listado de estelas documentadas

(Si no se indica bibliografía específica véase Celestino, 2001 y anteriores)

TIPO I - Estelas sin figura humana.

A. Básicas – Escudo, espada y lanza.

1. Almendralejo
2. Almoharín
3. Badajoz
4. Baraçal I
5. Cervos – Montalegre (Bacelar Alves y Reis, en este mismo volumen)
6. Córdoba I
7. Córdoba II
8. Foios

9. Hernán Pérez
10. Ibahernando
11. Meimão
12. Robledillo de Trujillo
13. Toya
14. Trujillo

B. Básicas con elementos de adorno personal.

15. Alburquerque
16. Aldea del Rey I
17. Aldeia Velha (Vilaça, Osório y Santos, en este mismo volumen)
18. Baraçal II – (Vilaça, 2008a; Santos, Vilaça y Marques, en este mismo volumen)
19. Brozas
20. Cabezuela del Jerte *Honduras* (Sanabria, en este mismo volumen)
21. Espiel (Murillo, Morena y Ruíz, 2005: 13)
22. Pedra da Atalaia I (Vilaça, Santos y Gomes, en este mismo volumen)
23. Quintana de la Serena
24. Robleda (Martín Benito, 2009)
25. San Martín de Trevejo
26. Santa Ana de Trujillo
27. Torrejón el Rubio I
28. Valdetorres II
29. Valencia de Alcántara I
30. Valencia de Alcántara II

TIPO II – Estelas con escudo predominante y antropomorfo.

31. Solana de Cabañas
32. Zarza de Montánchez.

TIPO III – Estelas con igualdad entre el escudo y el antropomorfo.

C. Individuales

33. Almadén I (Blanco y G^a Bueno, e.p.)
34. Almadén de la Plata I (G^a Sanjuán *et al.*, 2006)
35. Almargen
36. Almodóvar del Campo *La Bienvenida* (Murillo, Morena y Ruíz, 2005: 12)
37. Benquerencia de la Serena
38. Burguillos
39. Cabeza del Buey I
40. Cabeza del Buey II
41. Cabeza del Buey III
42. Cancho Roano
43. Capilla IV

- 44. Chillón
 - 45. El Viso I
 - 46. El Viso II
 - 47. El Viso IV
 - 48. Ervidel II
 - 49. Esparragosa de Lares II *La Bodeguilla* (Enríquez Navascués, 2006)
 - 50. Figueira
 - 51. Herrera del Duque
 - 52. Las Herencias I
 - 53. Magacela
 - 54. Navalvillar de Pela
 - 55. Olivenza
 - 56. Orellana de la Sierra (González Ledesma, 2007)
 - 57. Setefilla
 - 58. Talavera de la Reina
 - 59. Zarza Capilla I
- D. Colectivas
- 60. Capilla VII *La Pimienta* (Domínguez, González y De Hoz, 2005: 50)
 - 61. Capilla VIII *El Tejadillo* (Domínguez, González y De Hoz, 2005: 48)
 - 62. Los Palacios
 - 63. Pedro Abad

TIPO IV - Estelas en las que la figura humana es predominante.

A. Individuales:

1. Guerrero

- 64. Aldenueva de S. Bartolomé I
- 65. Capilla III
- 66. Carmona
- 67. Cerro Muriano I (Murillo, Morena y Ruíz, 2005: 14)
- 68. Cerro Muriano II (Murillo, Morena y Ruíz, 2005: 17)
- 69. Castuera
- 70. Cortijo de la Reina I ((Murillo, Morena y Ruíz, 2005: 25)
- 71. Cortijo de la Reina II (Murillo, Morena y Ruíz, 2005: 32)
- 72. Ecija I
- 73. Ecija II
- 74. Ecija III
- 75. Ecija IV
- 76. Ecija VI
- 77. El Coronil (Izquierdo y López, 1998)
- 78. Esparragosa de Lares I
- 79. Fuente de Cantos

80. Guadalmez, Río – Procedencia desconocida (Murillo, Morena y Ruíz, 2005: 9)
81. Las Herencias II
82. Mieres - Procedencia desconocida (Hevia Llavona, 2005)
83. Montemayor (Ferrer Albelda, 1999)
84. Montemolín
85. Torrejón el Rubio III
2. Diademadas
 86. Belalcázar
 87. Bodonal de la Sierra (Domínguez, González y De Hoz, 2005: 38)
 88. Capilla I
 89. El Viso V
 90. La Lantejuela (Oliva Alonso, 1983)
 91. Torrejón el Rubio II
 92. Zarza Capilla II
- B. Colectivas:
 1. Parejas.
 - a) masculinas
 93. El Alamillo
 94. El Viso VI
 - b) mixtas
 95. Almadén II (Blanco y G^a Bueno, e.p.)
 96. Almadén de la Plata II (G^a Sanjuán *et al.*, 2006)
 97. El Viso III
 2. Personaje principal y escenas.
 98. Ategua
 99. El Carpio (Martínez Sánchez, 2008)
 100. Zarza Capilla III
 101. Cabeza del Buey IV *Majada Honda* (Domínguez, González y De Hoz, 2005: 52)
 3. Escenas
 102. Aldea del Rey III
- Otras Estelas:
 103. Abobada, Gomes Aires
 104. Aldeanueva de S. Bartolomé II (Pacheco, López y Fernández, 2005)
 105. Boux I
 106. Boux II
 107. Capote
 108. Castillo de Bayuela (Pacheco y Deza, 2002)
 109. Luna
 110. São Martinho I
 111. São Martinho II
 112. São Martinho III

113.Subtation

114.Valencia de Alcántara III

Regrabadas:

115.Aldea del Rey II

116.Torrejón el Rubio IV

117.Valdetorres I

Fragmentadas:

118.Capilla II

119.Capilla V

120.Capilla VI

121.Logrosán I

122.Logrosán II

123.Pedra da Atalaia II (Vilaça, Santos y Gomes, en este mismo volumen)

124.Pocito Chico (Ruiz Gil y López Amador, 2001)

125.Salvatierra de Santiago

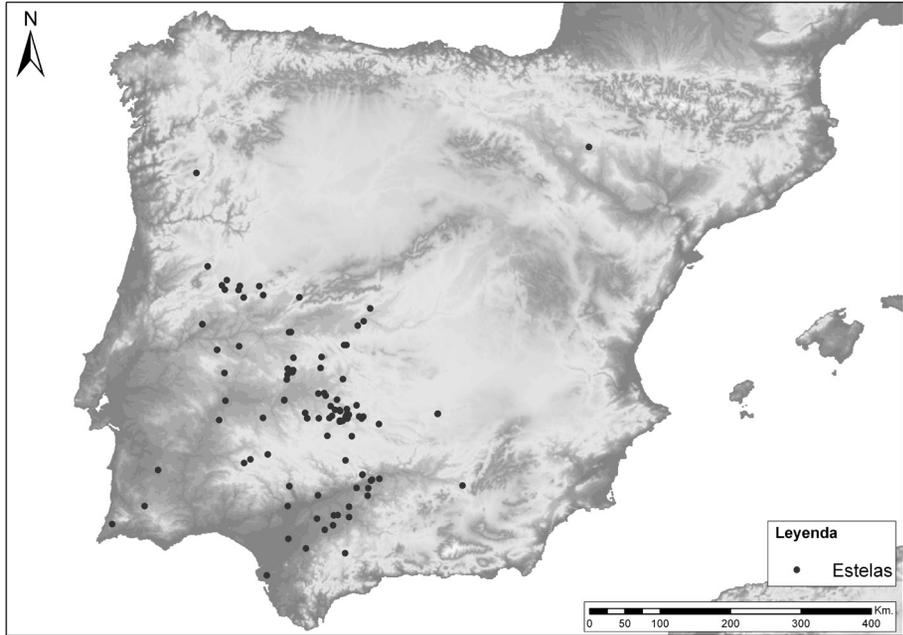
Bibliografía

- ALMAGRO BASCH, M. (1966) – *Las Estelas Decoradas del Suroeste Peninsular*, Madrid: Bibliotheca Praehistórica Hispana, VIII.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1977) – *El Bronce Final y el Periodo Orientalizante en Extremadura*. Madrid: Bibliotheca Praehistórica Hispana, XIV.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1994) – Las Estelas Antropomorfas en la Península Ibérica. Tipología, Dispersión, Cronología y Significado. In *La Statuaria antropomorfa in Europa dal Neolitico alla Romanizzazione*. Roma: La Spezia.
- BUENO, P. (1990) – Statues menhires et steles anthropomorphes de la Peninsule Ibérique, *L'Antropologie*, 94, Paris, 1.
- BARCELÓ, J.A. (1989) – Las Estelas Decoradas del Sudoeste de la Península Ibérica. In *Tartessos Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Sabadell: Ed. Ausa.
- BARCELÓ, J.A. (1992) – Algunas consideraciones acerca del fenómeno de las Estelas Antropomorfas del Mediterráneo Occidental: el caso Ibérico. In *Atti del III Convegno di studi: Un Millenio di relazioni fra la Sardegna e i Paesi del Mediterraneo Selargius Cagliari (1.987)*, Cagliari: Ed. de la Torre.
- BENDALA GALÁN, M. (1977) – Notas sobre las estelas decoradas del suroeste y los orígenes de Tartessos, *Habis*, 8, p. 177-205.
- BENDALA GALÁN, M. (1987) – Reflexiones sobre los escudos de las estelas tartésicas, *Boletín Asociación Amigos de la Arqueología*, Madrid, 23.
- BLANCO FRAGA, A.M.; GARCÍA BUENO, C. (e.p.) – Noticia sobre dos nuevas estelas decoradas: Las estelas de La Pedrona y Del Mesto (Almadén, Ciudad Real), *Gerion*, Madrid.
- BLANCO, A. LUZON, J.M. RUIZ MATA, D. (1969) – Panorama tartésico de Andalucía Occidental. In *Tartessos. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular, Jerez de la Frontera (1968)*, Barcelona, Universidad de Barcelona, p. 119-162.
- BLÁZQUEZ, J.M. (1986) – La estela de Monte Blanco, Olivenza (Badajoz) y el origen fenicio de los escudos y de los carro representados en las losas de finales de la Edad del Bronce en la Península Ibérica, *Archivo Español de Arqueología*, Madrid, 59, p. 191-198.
- CELESTINO PÉREZ, S. (1985) – Los Carros y las Estelas Decoradas del Suroeste. In *Estudios de Arqueología Extremeña. Homenaje a Cánovas Pessini*. Badajoz.
- CELESTINO PÉREZ, S. (1990) – Las estelas decoradas del Suroeste, *Cuadernos Emeritenses. La Cultura Tartésica y Extremadura*, Mérida, 2, p. 45-62.
- CELESTINO PÉREZ, S. (2001) – *Estelas de guerrero y estelas diademadas. La precolonización y formación del mundo tartésico*, Barcelona: Bellaterra.
- CELESTINO PÉREZ, (2008) – La precolonización a través de los símbolos. In *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII – VIII a.n.e.) La precolonización a debate*, Madrid: CSIC; Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, p. 107-122.
- CELESTINO PÉREZ, S. (2009) – Pre-colonization and colonization in the interior of Tartessos. In *Colonial Encounters in Ancient Iberia: Phoenician, Greek, and Indigenous Relations*, Chicago, University of Chicago Press.
- CELESTINO, S.; LÓPEZ RUÍZ, C. (2007) – New light on the warrior stelae from Tartessos (Spain), *Antiquity*, York, 80, p. 1-13.
- CELESTINO, S.; MAYORAL, V.; SALGADO, J.Á.; CAZORLA, R. (e.p.) – Stelae Iconography and Landscape in the Southwest of the Iberian Peninsula. In *Western Europe in the First Millennium BC: Crossing the divide*, Oxford, Oxford University Press.

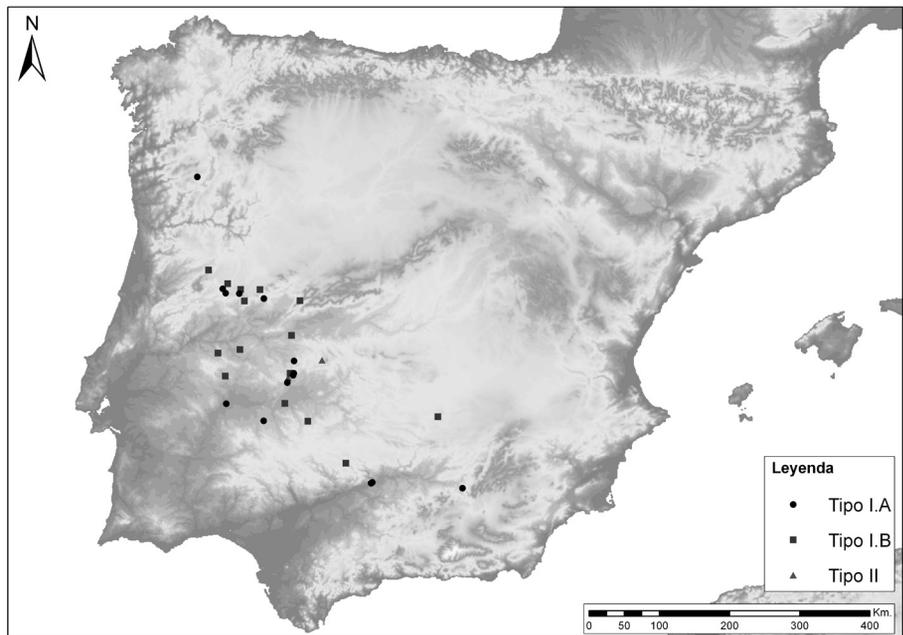
- CELESTINO, S.; MARTÍN BAÑÓN, A. (1996) – *El Palacio-Santuario de Cancho Roano VII –El Sector Este*, Madrid: Publicaciones del Museo Arqueológico Provincial de Badajoz, 3.
- CELESTINO, S.; RAFEL, N.; ARMADA, L. (2008) – *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII – VIII a.n.e). La precolonización a debate*, Madrid: CSIC; Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma.
- COFFYN, A. (1985) – *Le Bronze Final Atlantique dans la Peninsule Ibérique*. Paris: Publications du Centre Pierre Paris. Diffusion de Broccard.
- COLES, J.M. (1962) – European Bronze Age Shields. *Proceeding of the Prehistoric Society*, XXVIII, p. 156-190.
- CUADRADO, E. (1955) – El carro ibérico. In *III Congreso Nacional de Arqueología*. Zaragoza, Zaragoza, p.123-141.
- CURADO, F.P. (1984) – Uma nova estela do Bronze Final na Beira Alta (Barçaçal, Sabugal. Guarda), *Arqueología (GEAP)*, 9, p. 81-85.
- CURADO, F.P. (1986) – Mais uma estela do Bronze Final na Beira Alta (Foiros, Sabugal. Guarda), *Arqueología (GEAP)*, 14, p. 93-109.
- DÍAZ GUARDAMINO, m. (2006) – Materialidad y acción social: el caso de las estelas decoradas y estatuas-menhir durante la Prehistoria peninsular, *Actas do VIII Congresso Internacional de Estelas Funerárias, O Arqueólogo Português*, Lisboa, Suplemento 3, p. 15-33.
- DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, C.; GONZÁLEZ BORNAY, J. M.: DE HOZ BRAVO, J. (2005) – *Catálogo de Estelas Decoradas del Museo Arqueológico Provincial de Badajoz*. Badajoz: Junta de Extremadura.
- ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J.J. (2006) – Arqueología rural y estelas del Suroeste (desde la tierra, para la tierra y por la tierra), *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, Pamplona, 14, p. 151-175.
- FERNÁNDEZ MIRANDA, M. (1986) – Relaciones entre la Península Ibérica, las Islas Baleares y Cerdeña durante el Bronce Medio y Final. In *La Sardegna nel Mediterraneo tra il Secondo e il Primo Millenio a.C.* Cagliari.
- FERNÁNDEZ MIRANDA, M.; OLMOS, R. (1986) – *Las Ruedas de Toya y el origen del carro en la Península Ibérica*. Madrid: M.A.N. Ministerio de Cultura.
- FERNÁNDEZ OXEA, J.R. (1955) – Dos nuevas Estelas de Escudo Redondo, *Archivo Español de Arqueología*, Madrid, 28.
- FERRER ALBELDA, E. (1999) – La estela decorada de Montemayor (Córdoba), *Antiquitas*, Priego de Córdoba, 10, p. 65-71.
- GARCÍA SANJUÁN, L.; WHEATLEY, D.W.; FÁBREGA, P.; HERNÁNDEZ, M.J.; POLVORINOS, A. (2006) – Las estelas de guerrero de Almadén de la Plata (Sevilla). Morfología, Tecnología y Contexto, *Trabajos de Prehistoria*, Madrid, 63-2, p. 135-152.
- GALÁN DOMINGO, E. (1993) – *Estelas, paisaje y territorio en el Bronce Final del suroeste de la península ibérica*, Madrid: Complutum Extra, 3.
- GALÁN DOMINGO, E. (2007) – De gentiles damas y poderosos guerreros. Trascendiendo el mito de las estelas del Suroeste. In *Acercándonos al pasado. Prehistoria en cuatro actos*. Madrid, Ministerio de Cultura y CSIC. Edición CD-ROM.
- <http://man.mcu.es/museo/JornadasSeminarios/acercandonos_al_pasado/archivos_pdf/galan.pdf> [Consulta: Enero 2010]
- GOMES, M.VARELA.; MONTEIRO, J. PINHO (1977) – As Estelas Decoradas da Herdade de Pomar (Ervidel, Beja). Estudio comparado, *Setúbal Arqueológica*, Setúbal, II-III.
- GOMES, M.VARELA.; MONTEIRO, J. PINHO (1977) – Las Estelas Decoradas do Pomar (Beja, Portugal. Estudio comparado. *Trabajos de Prehistoria*, Madrid, 34.

- GONZÁLEZ LEDESMA, C. (2007) – Nueva estela de guerrero encontrada en el entorno del embalse de Orellana (Orellana de la Sierra, Badajoz). In *Actas del VIII Congreso de Estudios Extremeños*, Badajoz, p. 596-611.
- GUILAINE, J.; RANCOULE, G. (1996) – Les relations méditerranéennes pré-coloniales et les débats de l'Age du Fer languedocien: les influences puniques en Languedoc occidental, *Complutum*, Madrid, 7, p. 125-140.
- GUERRERO AYUSO, V.M. (2004) – Las Islas Baleares en los derroteros del Mediterráneo Central y Occidental. In *La navegación fenicia. Tecnología naval y derroteros*, Madrid: Centro de Estudios Fenicios y Púnicos, p. 85-133.
- HARRISON, R.J. (2004) – *Symbols and warriors. Images of the European Bronze Age*. Bristol: Western Academic & Specialist Press Ltd.
- HEVIA LLAVONA, I (2005) – Una estela con guerrero y panoplia en Meres (Siero), *Asturies: Memoria encesa d'un país*, 20, p. 41-43.
- HENCKEN, H. (1950) – Herzprung shields and Greek Trade. *American Journal of Archaeology*, LVI.
- IZQUIERDO, R; LÓPEZ, S. (1998) – Estela de Guerrero de El Coronil (Sevilla), *Spal*, Sevilla, 7, p. 65-71.
- MARTÍN BENITO, J.I. (2009) – Una estela de la Edad del Bronce en Robleda (Salamanca), en *El Patrimonio de Castilla y León* [Blog en Internet]. José Ignacio Martín Benito: 30 de Noviembre de 2009. <http://patrimoniodecastillayleon.blogspot.com/2009/11/hallazgo-arqueologico-en-el-rebollar.html> [Consulta: Enero de 2010]
- MARTÍNEZ SÁNCHEZ, R.M. (2008) – La estela de El Carpio (Córdoba); Avance a una nueva manifestación simbólica del Bronce Final en la vega media del Guadalquivir, *Anales de Arqueología Cordobesa*, Córdoba, 19, p. 11-22.
- MEDEROS MARTÍN, A. (2008) – Carros micénicos del Heládico Final III en las estelas decoradas del Bronce Final II-IIIa del Suroeste de la Península Ibérica. In *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII – VIII a.n.e.)*. *La precolonización a debate*, Madrid: CSIC; Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, p. 437-464.
- MEDEROS, A. y HARRISON, J. H. (1996) – Patronazgo y clientela. Honor, guerra y festines en las relaciones sociales de dependencia del Bronce Final Atlántico de la Península Ibérica., *Pyrenae*, Barcelona, 27, p. 31-52.
- MEIJIDE, G. (1988) – *Las espadas del Bronce Final en la Península Ibérica*. Santiago de Compostela: ArqueoHistórica, 1. Universidad de Santiago.
- MORENA, J.A.; MUÑOZ, J.F. (1990) – Nueva estela de guerrero del Bronce Final hallada en Córdoba. *Revista de Arqueología*, 115.
- MURILLO, J.F. (1994) – La estela de la Ribera Alta (Córdoba): consideraciones en torno a las estelas decoradas con escudo, espada y lanza, *Anales de Arqueología Cordobesa*, Córdoba, 5, p. 11-32.
- MURILLO REDONDO, J.F.; MORENA LÓPEZ, J.A.; RUIZ LARA, D (2005) – Nuevas estelas de Guerrero procedentes de las provincias de Córdoba y Ciudad Real, *Romula*, Sevilla, 4, p. 7-46.
- NEEDHAM, S. (1979) – Two recent british shield finds and their continental parallels, *Proceeding of the Prehistoric Society*, 45.
- NEEDHAM, S. (1996) – Chronology and periodisation in the British Bronze Age, *Acta Archaeologica*, 67, p. 121-140.
- OLIVA ALONSO, D. (1983) – Una nueva estela antropomorfa del Bronce final en la provincia de Sevilla. In *Homenaje al prof. Martín Almagro Basch*, Madrid, Vol. II, p. 131-139.
- OSGOOD, R. (1998) – *Warfare in the Late Bronze Age of North Europe*. Oxford: BAR International Series, 694.

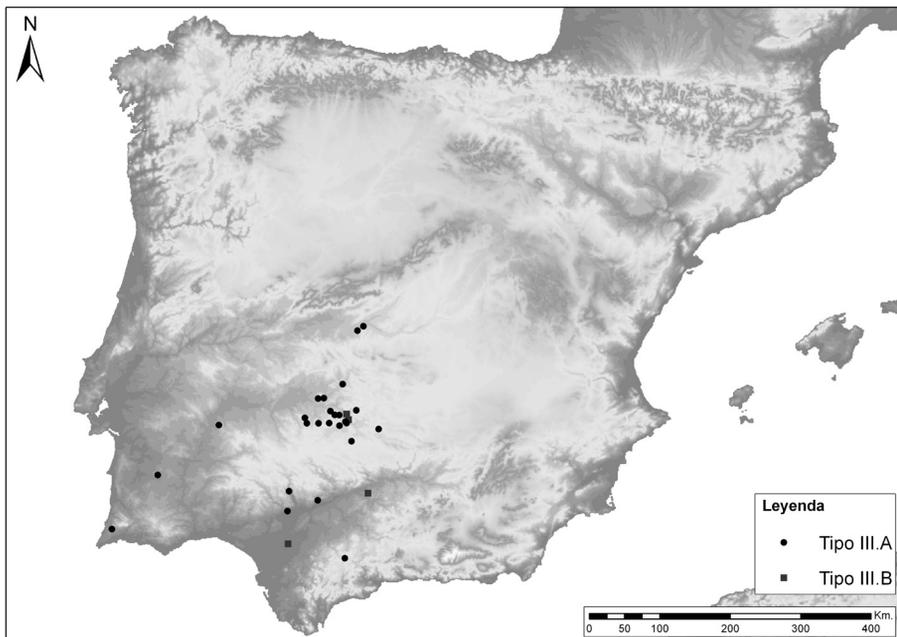
- PACHECO JIMÉNEZ, C.; DEZA AGÜERO, A. (2002) – Aportación al estudio de las estelas decoradas en el occidente toledano II: La estela de El Castillo de Bayuela, *Cuaderna*, Talavera de la Reina, 9-10, p. 12-22.
- PACHECO, C.; LÓPEZ, M.; FERNÁNDEZ, J.J.M. (2005) – La estela de guerrero Aldeanueva de San Bartolomé II (Toledo), *Cuaderna*, Talavera de la Reina, 13-13, p. 25-37.
- PIGGOTT, S. (1983) – *The earliest wheeled transport*. London: Thames and Hudson.
- PINGEL, V. (1974) – Bemerkungen zu den ritzverzierten Stelen und zur Beginnenden Eisenzeit im Sudwesten der Iberischen Halbinsel, *Hamburger Beitrage zur Archaeologie*, IV.
- POWEL, T.G.E. (1976) – South western peninsular chariot stelae. In *To illustrate the monuments. Essays on archaeology presented to Stuart Piggott*. London: Thames and Hudson.
- QUESADA, F. (1995) – Datos para una filiación egea de los carros grabados en las Estelas del Suroeste. In *V Congreso Internacional de Estelas Funerarias. Soria, Abril-Mayo, 1993*, Soria, Vol. I, p. 179-187.
- ROSO DE LUNA, M. (1898) – Lápida Sepulcral de Solana de cabañas, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, Madrid, XX-XXII-XXIII, p. 179-182.
- RUIZ GÁLVEZ, M.L. (1986) – Navegación y comercio entre el Atlántico y el Mediterráneo a fines de la Edad del Bronce, *Trabajos de Prehistoria*, Madrid, 43.
- RUIZ GIL, J.A.; LÓPEZ AMADOR, 2001 – *Formaciones sociales agropecuarias en la Bahía de Cádiz. 5000 años de adaptación humana en la laguna de El Gallo. El Puerto de Santa María. Memoria arqueológica de Pocito Chico I (1997-2001)*. Sanlúcar de Barrameda.
- SCHAUER, P. (1983) – Orient im spötbronze und freheisenzeitlichen Occident kulturbaziehungen zwischen der Iberischen Halbinsel und der vorderen Orient wöhrend des spötens 2 und des ersten Drittels des 1, *Jahrbuch des Romisch Germanischen Zentralmuseums*, 30.
- SALVÀ, B., CALVO, M.; GUERRERO, V. M. (2002) – La edad del bronce Balear. Desarrollo de la complejidad social, *Complutum*, Madrid, 13, p. 193-219.
- SANTOS, M.J. (2009) – Estelas diademadas: revisión de criterios de clasificación, *Herakleion*, 2, p. 7-40. <<http://www.herakleion.es/santos.pdf>> [Consulta: Enero 2010]
- SPROCKHOFF, E. (1954) – Nordische Bronzezeit und frehes Griechentum. *Jahrbuch des Romisch Germanischen Zentralmuseums*. Berlín.
- TABOR, R. (1999) – South Cadbury: Milsoms Corner, *Current Archaeology*, 163, p. 251-255.
- TEJERA, A.; FERNÁNDEZ, J.; RODRÍGUEZ, M. (2006) – Las estelas tartésicas: losas sepulcrales, marcadores étnicos o representación de divinidades guerreras, *Spal*, Sevilla, 15, p. 149-165.
- VILAÇA, R (2003) – Acerca da existênciã de ponderais em contextos do Bronze Final / Ferro Inicial português, *O Arqueólogo Português*, Lisboa, 21, p. 241-286.
- VILAÇA, R (2006) – Artefactos de ferro em contextos do Bronze Final do território português: novos contributos e reavaliação dos dados, *Complutum*, Madrid, 17, p. 81-101.
- VILAÇA, R. (2008a) – Todos os caminhos vão dar ao Ocidente: trocas e contactos no bronze final, *Estudos Arqueológicos de Oeiras*, 15, p. 135-154.
- VILAÇA, R. (2008b) – Reflexões em torno da «presença mediterrânea» no Centro do território português, na charneira do Bronze para o Ferro. In *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII – VIII a.n.e.) La precolonización a debate*, Madrid: CSIC; Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, p. 371-402.
- Mac WHITE, E. (1947) – Sobre unas Losas Grabadas en el Suroeste de la Península Hispánica y el problema de los Escudos tipo Herzsprung. *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnología y Prehistoria*, 22.



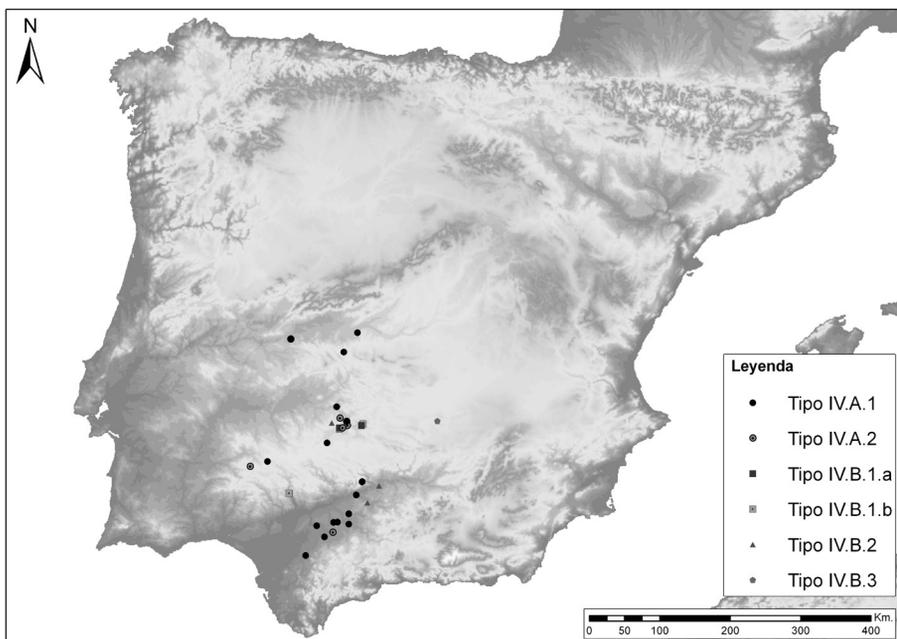
Estampa 1 - Mapa de distribución de las estelas documentadas en la Península Ibérica.



Estampa 2 - Mapa de distribución de estelas de los Tipos I y II.



Estampa 3 - Mapa de distribución de estelas del Tipo III.



Estampa 4 - Mapa de distribución de estelas del Tipo IV.